

Nunca Mas

Tap-tap.

Oigo un sonido que reconozco. Es tentadoramente familiar.

Tap-tap, tap. Tap-tap.

¿Qué sonido es este? Lo conozco. ¿El sonido de mi madre preparando el desayuno? ¿El golpe cuando jugamos al escondite y me encuentra? ¿El sonido de mis nudillos en la ventana de la enfermería cuando quiero que sepa que estoy ahí? ¿El golpeteo de piedrecitas arrastradas por el viento marino contra las ventanas de nuestra casa?

Tap-tap, tap.

No. Es el sonido de un martillo de madera. Entonces, este debe de ser el día de mi cuarto cumpleaños.

Abro los ojos. Mi madre está martilleando en el jardín. En el pequeño patio de nuestra casa, mi madre está sentada con las piernas cruzadas sobre un trozo de cartón que ha extendido al sol. Está fabricando algo. A su alrededor hay tablones, palos y una caja de herramientas con cepillos y una sierra de marquetería.

—Mamá, ¿ya está listo? —pregunto con la voz dulce y ceceante de una niña pequeña.

—Todavía no, todavía no —responde canturreando.

La luz dorada forma un halo alrededor de su largo cabello y se posa como gotas de agua sobre sus largas pestañas y su boca llena, mucho más llena que la mía. Me sienta en la veranda y me mide las piernas con una cinta métrica. Corta varios palos con la sierra. Con un taladro eléctrico, hace agujeros en los tablones. Mi madre es buena en todo: cocinar, conducir, crear.

—¿Cuál te gusta más: rosa, azul o amarillo? —pregunta, alineando botes de pintura.

—¡Amarillo! —respondo.

Elijo ese color porque justo entonces una mariposa amarilla revolotea detrás de ella y me parece increíblemente bonita. Abre el bote y el olor emocionante de la pintura llena el aire. Sumerge el pincel y pinta los dos tablones, que son cuadrados y de unos treinta centímetros de lado. El amarillo brillante refleja el sol de mayo,



esparciendo luz por todas partes. Las dos comemos udon salteado para almorzar. Por la tarde, la pintura ya está seca. Los tablones amarillo brillante se sienten extrañamente lisos y plásticos bajo mis dedos. Ella encaja los palos en los tablones y los golpea con el martillo. De nuevo, ese sonido tentador.

—¿Ya está listo? —pregunto, un poco aburrida, mientras alineo piedrecitas en el parterre. Estoy llena y tengo sueño.

—Ya casi —dice, en tono juguetón.

Tap-tap, tap-tap.

Me mira y sonrío.

—¡Listo! ¡Feliz cumpleaños, Suzume!

Me entrega la silla amarilla.

—¡Guau!

Estoy encantada, de verdad, pero siento que falta algo. La silla es muy sencilla, con asiento y respaldo cuadrados y cuatro patas. Mi yo más pequeña esperaba algo un poco más emocionante.

—¿Esto es su cara? —pregunto, señalando el respaldo.

—¿Eh? ¡Es una silla, cariño! ¡Solo para ti! —dice, sonriendo con ironía. Luego—. Espera un momento.

Coge la silla, piensa un instante y dibuja dos círculos en el respaldo. Después toma un formón de la caja de herramientas y talla dos hendiduras. Cuando termina de tallar, suaviza las hendiduras con papel de lija y las pinta. El respaldo ahora tiene una cara con dos ojitos.

—¡Listo! ¿Te gusta?

—¡Oooh!

Esta vez sí que me emociono de verdad. Ahora que tiene ojos, la silla amarilla podría empezar a hablar en cualquier momento. Quizá quiera ser mi amiga. El sueño y el aburrimiento desaparecen al instante.

—¡Es solo para mí!

Me siento en la silla. Es del tamaño perfecto.

—¡Para mí! —repito—. ¡Gracias, mamá!

Ella se agacha a mi lado y la abrazo, todavía sentada en la silla. Las dos, enredadas, caemos en el jardín. Apoyada en el pecho de mi madre, digo con confianza:



—¡La voy a guardar para siempre jamás!

—¿¡Para siempre!?

—¡Pues entonces ha valido la pena el esfuerzo! —se ríe mi madre.

Yo también me río. Todo está aquí, claro como el día: nuestras risas, el sol en el jardín, el sonido de las olas rompiendo en la orilla, el canto ocasional de los ruiseñores. Pensaba que ese recuerdo se había ido, pero aquí está, tan vívido que casi me hace retroceder. Reacia a abandonar este sueño que me envuelve como barro cálido, me despierto poco a poco.

* * *

El aullido bajo del viento llena mis oídos, mezclado con el murmullo de un arroyo. Abro los ojos. Estoy rodeada de oscuridad. Muy arriba, hay una luz pálida y verdosa. Es tan tenue que me pregunto si es un patrón aleatorio proyectado tras mis párpados. Empiezo a dudar de si tengo los ojos realmente abiertos. Parpadeo varias veces.



“.....”

Finalmente, mis ojos se acostumbran a la oscuridad y empiezo a distinguir formas borrosas. El techo es tan alto como un edificio de cuatro o cinco plantas y extrañamente irregular, como si estuviera formado por bloques gigantes. La luz se filtra débilmente a través de largas y finas grietas aquí y allá. Estoy tumbada de espaldas, mirando hacia un espacio enorme, demasiado desordenado para ser obra humana y demasiado geométrico para ser una cueva natural. Las piedras bajo mi espalda están resbaladizas por la humedad.

—¿Dónde...? —murmuro, incorporándome.

Meto la mano en el bolsillo de mis pantalones cortos y saco el móvil. El roce de la tela resuena fuerte, como si estuviera en un túnel.

—¿Dónde estoy?

Pulso el botón lateral y la pantalla se ilumina con fuerza. Entrecierro los ojos y abro el mapa. Tarda un poco más de lo habitual, pero aparece la topografía. Un río ocupa toda la pantalla y el símbolo de mi ubicación está justo en el centro.

—¿Estoy bajo un río?

Amplío el mapa con los dedos, pero de repente se apaga. Aparece y desaparece enseguida un icono rojo de batería vacía.

—¡Maldición!

La batería está completamente agotada. Mi cerebro sigue aturdido. Los ecos de mi sueño resuenan débilmente en mis oídos. Sentada aún en el suelo húmedo, miro a mi alrededor.



—¡Oh...!

A lo lejos hay un pequeño punto de luz. Varias galerías se ramifican desde la sala en la que estoy, y al final de una de ellas está esa tenue luz verde.

—¿Souta...? —musito sin pensar.

Obligo a mis piernas a levantarse. Algo no va bien. Me doy cuenta de que me falta el zapato izquierdo.

—Ah, claro...

Mientras camino hacia la luz, poco a poco lo recuerdo. Perdí el zapato cuando iba montada en el gusano hacia el cielo. Y luego clavé la silla—la Piedra Angular—en el gusano. El gusano desapareció justo después y yo caí del cielo. Y entonces...

“...!”

Salgo del pasadizo y me quedo sin aliento ante lo que veo.

Ruinas. Ruinas antiguas, extensas, subterráneas.

Todo está hecho de madera y piedra. Los tejados son de teja, los postes de madera y las paredes de piedra. En el centro de las ruinas, una puerta de castillo se alza sola, más grande que cualquier otra cosa. Entre los edificios derruidos, es lo único que aún conserva su forma original. La puerta tiene grandes hojas dobles, y en su interior hay un cielo estrellado.

—¿La Puerta de Tokio...? —susurro.

Echo a correr. Mis pies chapotean en el agua. La puerta está rodeada por una piscina fría y poco profunda.

—¡Aaah!

Al situarme frente a la puerta, me quedo boquiabierta. Dentro están las estrellas cegadoras de Ever-After y, bajo ellas, la silueta negra de una colina. Algo pequeño está clavado en la cima de la colina. Una silla. Sus patas están hundidas profundamente en la colina—que en realidad es el cuerpo del gusano.

—¡Souta!

Corro hacia él. La colina parece a la vez lejana y lo bastante cerca como para tocarla; el concepto de distancia empieza a desdibujarse. Sigo avanzando. Estoy cerca de la puerta. Cruzo corriendo, pero justo cuando creo que he llegado al pie de la colina—

—¿Eh?

Estoy de nuevo en las ruinas oscuras, y miro por encima del hombro. Ahí está la puerta del castillo y, dentro, Ever-After. Es exactamente como la primera puerta que encontré, aquella en Kyushu de la que saqué a Daijin.

—No puedo entrar... —susurro, desesperada.

Pero... ¡puedo verlo! Está tan cerca. Vuelvo a correr hacia la puerta. Pero el zapato que aún llevo en el pie derecho se engancha



en algo y caigo al agua. El líquido frío y granulado me llena la boca. Me incorporo, lo escupo y me quito el zapato. Vuelvo a correr, ahora en calcetines, y atravieso la puerta.

—¡—!

No funciona. Sigo en las ruinas. Miro atrás. Souta está dentro de la puerta, en lo alto de la colina negra.

—...Está en Ever-After —susurro, desesperada—. Pero... pero puedo verlo.

—¡Souta! —grito.

No hay respuesta. Las fuerzas me abandonan en las piernas.

—Souta, Souta... —Incapaz de seguir en pie, me dejo caer de rodillas en el agua—. Souta... —digo, con la intención de gritar, pero mi voz apenas es un suspiro.

—¡Suuuzume!

De repente, oigo una voz infantil. Al girar la cabeza bruscamente, como si me hubieran golpeado, veo unos ojos redondos y amarillos brillando en la oscuridad. El gato se acerca pavoneándose, con la cola erguida y el agua salpicando rítmicamente bajo sus patas. Se frota contra mis muslos mientras me arrodillo.



Intento gritar, pero solo sale aire.

—Por fin estamos solos, Suzume.

—¡Daijin!

Me pongo en pie de un salto para alejarme de ese pelaje blanco.

—¡Es tu culpa! —grito, furiosa—. ¡Devuélveme a Souta!

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Ya no es una persona —responde el gato con inocencia, con los ojos vacíos.

—¡—!

Me inclino y agarro a Daijin con ambas manos.

—¡Ooh! —ronronea Daijin.

—¡Devuélveme a Souta! —le grito.

—Eso duele, Suzume.

Su voz es melosa. Aprieto más fuerte.

—¡Devuélvemelo ahora!

—He dicho que duele, Suzume.

—¡Tú! ¡Tú...!

El cuerpo suave del gatito es tan pequeño y frágil. Un poco más de presión y sus huesos se romperán. Un maullido fino y lastimero se escapa de su boca, lleno de dolor.

—¿No te gusto? ¿No te gusta Daijin? —pregunta.

—¿Qué? —no puedo creer lo que oigo—. ¿Cómo podría...?

—¿A que sí te gusto?

—¡Te odio! —grito, lanzando al gato por los aires. Vuelve a gemir. Por un instante, me imagino aplastándolo entre mis manos, rompiéndole los huesos y arrojándolo al agua helada. Casi puedo sentirlo. El escalofrío de la crueldad y el asco que le sigue me recorren la espalda. El pequeño corazón del gato late con desesperación bajo mi agarre.

—.....

No puedo hacerlo; la fuerza me abandona. Mis brazos, alzados, se vuelven pesados y caen. Abro los dedos y dejo que el gatito se suelte. Cae con un chapoteo a mis pies. Se pone en pie sobre sus cuatro patas y me mira, como intentando medir cuán enfadada estoy.



—...Vete —digo. Me arden los ojos. Estoy llorando.

—No vuelvas a hablarme nunca más.

—Suzume...

Daijin se sacude un poco y, de repente, se encoge; su forma redondeada se vuelve huesuda ante mis ojos, como si se desinflara. Sus ojos se hunden en las cuencas. Ahora parece un gato viejo y miserable al final de su vida.

—Suzume no quería a Daijin... —gime, y se aleja tambaleándose. Sus pequeños pasos se desvanecen tras de mí.

Me quedo sola frente a la Puerta.

¿Y ahora qué hago?

Estoy enfadada, pero también preocupada, triste, alterada y sola. No sé qué hacer a continuación. Ni siquiera tengo una pista. ¿Qué debería estar pensando o haciendo dentro de un minuto, o cinco? No se me ocurre nada. Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas. Me quedo allí, esperando a que se detengan. Mis pies empiezan a entumecerse en el agua fría.

* * *

Al mirar más de cerca las grandes puertas del castillo, noto vestigios del gusano pegados a la madera. Hay varias manchas largas y delgadas que parecen arroz aplastado, aún brillando débilmente en un tono rojizo oscuro. El gusano debió salir y regresar por aquí.

Me doy cuenta de que tengo que cerrarlas.

Empujo una de las gruesas puertas de madera con ambas manos. Al principio no se mueve, pero finalmente cruje y empieza a desplazarse muy lentamente. Si aflojo aunque sea un poco, se detiene, como si estuviera empujando una pared de piedra. Tengo que usar toda mi fuerza para moverla. Presiono ambos codos contra la puerta, bajo la cabeza y empujo con todo mi cuerpo. Empiezo a sudar, y las plantas de mis pies comienzan a sangrar. Observo, como si estuviera fuera de mí, cómo mi sangre tiñe el agua a mi alrededor.

Creo que tardo alrededor de media hora en cerrar ambas puertas. Me hormiguean las piernas y los brazos, y todo mi cuerpo está agotado. Estoy exhausta. Si no tengo cuidado, podría caerme al agua.

Respiro hondo varias veces, planto bien los pies y agarro la llave que cuelga de mi cuello. Cierro los ojos e imagino cómo eran estas ruinas en el pasado.



Finalmente, la llave se calienta, como si respirara, y escucho susurros a lo lejos. Pero el recuerdo de esas voces, tanto masculinas como femeninas, está tan distante que parece una brisa suave entre los edificios. Aun así, la luz que emana de la llave dibuja un orificio brillante en la puerta, con forma de trébol redondeado. Introduzco la llave y me prometo una vez más que volveré para salvarle.

—¡Con respeto, os los devolvemos! —digo mientras giro la llave. La sensación de algo encajando firmemente permanece en mi mano.

Siguiendo una corriente de aire, me adentro por un pasaje distinto al que utilicé para entrar.

La brisa es débil pero constante, y sopla cuesta arriba suavemente. El suelo húmedo pronto se convierte en roca seca.

Está claro que me encuentro en una caverna hecha por el ser humano. En el techo y las paredes hay muchas marcas largas y rectas, dejadas por las herramientas que se usaron para tallarla. Aquí y allá, en las paredes y el suelo, aparecen lo que parecen palabras desvaídas escritas con tinta. Una tenue luz se filtra por una grieta cerca del techo, iluminando débilmente mi entorno como si fuera luz de luna. No sé si es de mañana o de tarde. Mis pies, que estaban entumecidos por el agua fría, ahora me arden de dolor. Los calcetines blancos que me dio Chika están marrones por la sangre seca.

Mientras camino, noto que las paredes van cambiando poco a poco. Aparecen ladrillos entre la piedra tallada, y finalmente dan paso al hormigón encofrado. El sonido de mis pasos cambia. Aparecen barandillas de hierro oxidado que conducen a unas escaleras de hormigón.

Subo las escaleras por un túnel estrecho. Continúa recto durante un buen tramo, con grandes rellanos de vez en cuando, seguidos por otro tramo recto. Hay pequeños tubos adheridos al techo. A veces descanso en los rellanos, observo distraída los patrones aleatorios que forman los tubos, y vuelvo a caminar cuando el dolor de mis pies se calma. No puedo pensar en nada. No quiero pensar. Solo subo las escaleras sin pensar.



Finalmente, un olor extraño llega con una corriente de aire frío. Me resulta familiar, y debería saber lo que es, pero no lo recuerdo. Por fin, me doy cuenta: es el olor del escape de los coches. Es entonces cuando veo una pequeña puerta sobre mi cabeza.

Giro el pomo redondo de hierro y la puerta de acero se abre. Los coches pasan zumbando justo delante de mí. Me asomo tímidamente desde la pared y miro a mi alrededor. Estoy en un túnel con una iluminación anaranjada tenue. Las paredes están salpicadas de lámparas verdes de señalización y teléfonos de emergencia con las letras SOS. A unos doscientos metros, una luz blanca brilla en la boca del túnel. Apoyo la mano en la pared y empiezo a caminar rápidamente por lo que debe de ser un pasillo de inspección de seguridad. Cada vez que pasa un coche, el conductor me mira sorprendido. Al verme allí, donde no debería haber nadie, algunos se quedan boquiabiertos, otros entrecierran los ojos con desconfianza, y otros me miran con desaprobación. Alguien toma una foto. Cuando me acerco a la luz, mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, empiezan a escocer. Pero solo acelero el paso. Ya no me duelen los pies.



Hay una escalera de acero gris para trabajadores al final del túnel, y la subo.

Cuando mis pies pisan la plataforma metálica y luego el suelo cubierto de maleza, la luz de la mañana me golpea en los ojos. Estoy en un pequeño solar vacío lleno de materiales de construcción. Se me llenan los ojos de lágrimas por el resplandor mientras intento ubicarme. Más allá de una valla de acero, el horizonte está repleto de rascacielos rectangulares. Al parecer, el sol acaba de salir por encima de ellos.

—¿Esto es...? —murmuro, mirando a mi alrededor.

Justo debajo de mí hay un enorme foso lleno de agua verde esmeralda. Las orillas están cubiertas de piedras gigantes, como muros de castillo, y por encima de ellas hay un bosque denso. De entre los árboles asoman aquí y allá edificios bajos con muros

blancos y tejados de tejas negras, como pequeños castillos. El bosque antiguo parece haberse quedado atrás en el tiempo, rodeado por completo de edificios modernos que brillan bajo el sol de la mañana. Incluso alguien como yo, que nunca ha estado en Tokio, reconoce este lugar.

—El Palacio Imperial.

Por fin me doy cuenta de lo que ha estado sobre mí todo este tiempo.

El agudo canto de un bulbul rasga el aire matinal. Alzo la vista.

Es otro día absurdamente, ridículamente despejado.

